

TRILOGÍA DE LOS ACCÉLERATI · LIBRO I

EL DESVÁN DE TESLA



NEAL SHUSTERMAN · ERIC ELFMAN



N. TESLA. Patented Nov. 8, 1898. (No Model.)
METHOD OF AND APPARATUS FOR CONTROLLING MECHANISM OF MOVING VESSELS OR VEHICLES.
5 Sheets—Sheet 5.



LIBRO I

Inventor
Nikola Tesla

TRILOGÍA DE LOS ACCELERATI · LIBRO I

EL DESVÁN DE TESLA

NEAL SHUSTERMAN · ERIC ELFMAN

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Tesla's Attic (The Accelerati Trilogy)*

1.ª edición: enero 2015

© Del texto: Neal Shusterman y Eric Elfman, 2014

Publicado por primera vez por Disney-Hiperion Books New York
Derechos de traducción negociados a través de Taryn Fagerness Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2015

© De la ilustración y diseño de cubierta: Alejandro Terán, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-6163-1

Depósito legal: M-31283-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

ÍNDICE

1. Como un agujero en la cabeza	11
2. Todo en venta	19
3. No se admiten revoluciones	40
4. Heisenberg y el director	45
5. Probando probando	56
6. Objetos de interés	64
7. Palabras de más	81
8. Genio alternativo	97
9. Siéntate y prueba el calamar	109
10. La familia Murló	115
11. Por equivocación	132
12. Patata	151
13. El signo de los Accelerati	158
14. Da igual quién seas	179
15. Cosas que van más allá de lo raro	183
16. Hombre en el frigorífico	192
17. ¿Qué ha hecho últimamente el Hubble por nosotros? ...	202
18. No hay sitio para un quizá	204
19. Un baúl de recuerdos perdidos	216
20. La hoguera de las profanidades	231
21. Nuboso con diez por ciento de probabilidad de muerte ...	239
22. Como en la tele	261
23. El Mazazo	265
24. El bateador	278
25. Cosas que no entendemos del todo	285

Para Joelle y Erin (N. S.)

Para Jan, Robby y mi madre (E. E.)



1. COMO UN AGUJERO EN LA CABEZA

A Nick le pegó en la cabeza una tostadora que volaba o, para ser más exactos, que caía. Se trataba de uno de esos antiguos electrodomésticos cromados, y estaba hecho en un metal tan pesado que dejó una buena muesca en el suelo de madera, pero no antes de abrirle a Nick un tajo en la frente.

—¡Ay! —fue una de las palabras más suaves que pronunció Nick al caerse de la desvencijada escalerilla del desván, cuyo resorte la hizo replegarse contra el techo, como si fuera el tren de aterrizaje de una nave espacial.

Danny, el hermano pequeño, llegó al pasillo corriendo y gritó de inmediato:

—¡Papá, el desván ha matado a Nick!

Ciertamente, había sangre suficiente para creerse que se había matado, pero aunque a Nick le impresionaba ver su propia sangre, le preocupaba más la reacción de su padre, después de todo lo que habían pasado últimamente.

Su padre llegó corriendo y enseguida evaluó la situación.

—No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada —dijo, aunque eso era exactamente lo que decía cuando era evidente que pasaba algo. Se quitó la camiseta y la empleó para apretarle la herida. Había llegado sudando porque había estado metiendo cajas en casa, y a Nick le pareció que

aquello de la camiseta no era muy higiénico, pero cuando a uno le sangra la cabeza a chorros, no tiene ganas de ponerse a discutir.

—¡Al coche, Danny! —ordenó su padre, y como todavía le quedaban bastantes fuerzas de los días en que había jugado al béisbol, levantó a Nick y lo bajó por la escalera.

—Papá, puedo andar. Ha sido en la cabeza, no en los pies. —Nick acababa de cumplir catorce años y ya no recordaba la última vez que su padre lo había llevado en brazos.

Al salir por la combada y descascarillada puerta de su nueva casa, Nick se imaginó algo espantoso: que todos los niños del vecindario observaban con regocijo aquel pequeño espectáculo.

«Maravilloso», pensó Nick. «Yo en brazos de mi padre: justo la primera imagen que quisiera que tuvieran de mí los vecinos».

El coche seguía abarrotado con la mayoría de las pertenencias que les quedaban, todas las cuales olían un poco a humo, indeleble recuerdo de la desgracia que les había impulsado a cruzar el país. El coche se había estropeado dos veces de camino a Colorado Springs, y Nick se preguntó si volvería a dejarlos en la estacada ahora, antes de que llegaran a urgencias.

—Tú no dejes de apretar la herida —dijo su padre mientras arrancaba el coche y daba marcha atrás, aplastando alguna de las cajas que había en el suelo. La camiseta iba ya tan empapada de sangre como de sudor cuando se interaron a toda velocidad en un vecindario desconocido, en busca de un hospital que no tenían ni idea de cómo encontrar.

Si dos meses antes un adivino le hubiera pronosticado a Nick que se iría de Tampa, en Florida, para mudarse a la

ciudad de Colorado Springs, habría reclamado que le devolviera el dinero. Tal cosa era completamente imposible. Su madre era una dentista muy bien considerada, y su padre..., bueno, trabajaba de manera bastante regular, y todo el mundo lo conocía y lo apreciaba. A los ojos de Nick, sus vidas estaban bien asentadas.

Los incendios, sin embargo, se dan maña para consumir incluso a las familias mejor asentadas.

Encontrar un hospital el primer día que uno llega a un sitio plantea ciertos problemas, y el GPS no existe cuando a uno le acaban de cortar el teléfono porque su padre se ha olvidado de pagar la factura. Nick sospechaba que sanaría o moriría desangrado antes de que consiguieran llegar, debido a que su padre era incapaz de preguntar una dirección, ni siquiera en situación de emergencia.

Cuando por fin lo encontraron, el Colorado Springs Memorial no era distinto de cualquier otro hospital. La sala de urgencias estaba abarrotada de toses, fracturas y vendajes caseros, y todo ello en medio de un ambiente de irritación e impaciencia.

La hemorragia se había parado casi del todo, pero Nick seguía apretándose la herida. A su lado, Danny jugaba con la videoconsola, mientras su padre cumplimentaba impresos y luego intentaba convencer a Su Majestad la Reina de Admisiones de que su seguro tenía validez en Colorado. A Nick le pareció que aquello era como negociar con terroristas.

Poco antes de que hicieran pasar a Nick para ponerle unos puntos, Danny, sin levantar los ojos de su juego, le preguntó:

—¿Tú también te vas a morir?

Nick estuvo a punto de contestarle algo feo por hacerle semejante pregunta idiota, pero en aquel momento sintió

un inesperado acceso de comprensión. O tal vez fuera la conmoción.

—Me pondré bien —dijo Nick—. Todos estaremos bien.

Por fin, Danny levantó la mirada hacia su hermano.

—Demuéstralo.

Nick se quedó callado. En teoría, se habían mudado allí para empezar una vida nueva, fresca y reluciente. Pero incluso las teorías más prometedoras pueden ser imposibles de demostrar.

Cuando se observa un incendio descontrolado, es difícil creer que no se trata más que de una simple reacción química: energía potencial liberada en forma de luz y calor. El incendio es algo que parece vivo, cuya alma es tan oscura como brillantes sus llamas. Si se observan el tiempo suficiente, se tiene la sensación de que su poder destructivo se origina en la rabia, en un deseo cruel de causar dolor.

El fuego que había consumido el hogar de Nick Slate y cambiado su vida había sido un incendio de ese tipo, y había ardido de modo tan abrasador y veloz que la casa había quedado reducida a cenizas en cuestión de minutos.

Parecía que todos se habían despertado a la vez. Su padre había corrido a la habitación de Danny, su madre a la de Nick. Bajaron por la escalera medio a saltos, entre un humo ya tan espeso que era imposible ver.

Nick contuvo el aliento y se agachó. Conocía la casa lo bastante bien para estar seguro de lo que había que hacer: girar a la derecha al final de la escalera, seguir recto durante cinco metros, después girar a la izquierda y salir por la puerta de la calle.

Pero el tiempo y el espacio resultan muy distintos cuando uno está aterrorizado.

Nick se pegó contra una pared, perdió el sentido de la orientación y aspiró con dificultad una bocanada de humo negro. Enseguida empezó a toser y a marearse.

—¡No te pares, Nick! —oyó que le decía su madre—. ¡Sigue!

Entonces algo explotó en la cocina, mandando por el pasillo una onda expansiva que hizo saltar de sus bisagras la puerta de la calle. A través del humo y las llamas, Nick vio el portal ardiendo en la noche. Corrió hacia allí y logró salir a la pequeña superficie de césped que había delante de la casa, donde se reunió con su padre y su hermano.

Su madre iba justo detrás de él. Pero cuando Nick se volvió, ella había desaparecido, y no quedaba nada allí: solo la casa en llamas.

—¡Mamá! —gritó Nick.

Su padre pasó a su lado y corrió a la puerta.

En el fondo del corazón, Nick todavía creía que su padre era el héroe que había sido en otro tiempo. Creía que su padre se internaría corriendo entre las llamas y sacaría en brazos a su esposa como en aquella vieja foto en la que cruzaba el umbral de su puerta con la novia en brazos.

Pero aun antes de que su padre llegara a la casa, una segunda explosión lo lanzó hacia atrás y derrumbó el porche, bloqueando cualquier entrada a la casa. Los tres quedaron allí, de pie, demasiado aturridos para llorar, contemplando cómo se derrumbaba su vida y se llevaba con ella a la madre de Nick.

La tostadora dejó a Nick con cuatro puntos, así de simple. Mientras cosía, el médico de urgencias se pasó todo el tiempo contando las heridas realmente graves que había tenido que curar a lo largo de su vida profesional, como si la pequeña brecha en la frente de Nick no estuviera a la altura. Nick tendría que volver cuando le saliera un alien

del pecho: eso sí merecería la pena y requeriría un buen cosido.

—Una cicatriz no tiene por qué ser mala cosa —le dijo a Nick su padre cuando volvían hacia la casa tan vieja y necesitada de arreglos que habían heredado—. Una cicatriz muestra que has vivido. Harry Potter tenía una cicatriz en la frente, y mira adónde llegó.

—Papá, Harry Potter no es real —dijo Nick.

—¡Eso es lo de menos! —repuso su padre, y durante el resto del viaje se dedicó a alabar las cicatrices hasta el punto que a Danny le entraron ganas de tener una él también.

Cuando llegaron al camino que llevaba a la casa, que estaba lleno de maleza, y a la casa victoriana que se alzaba detrás, erosionada por la inclemencia de los elementos, Nick contempló las ventanas del piso superior, que parecían ojos en un llanto perpetuo. Sintió un acceso de náusea que no tenía ninguna relación con la herida que había sufrido.

—¡Eh, esto ha sido muy duro! —dijo su padre. Con mucha suavidad, pasó sus gruesos dedos por la venda que le habían puesto a su hijo en la frente—. ¿Qué te parece si te dejamos que elijas la habitación que más te guste?

La casa a la que se mudaban llevaba años deshabitada, pero los muebles todavía olían como la tía abuela Greta. Nick no había conocido a su tía abuela, pero estaba seguro de que olería igual que sus muebles.

Mudarse allí había sido decisión de su padre. Nick podría haber armado un escándalo y empeñarse en que se quedaran en Tampa, y sabía que su padre, destrozado por la desgracia, habría cedido. Sin embargo, Nick había dicho: «Vamos», tomando el papel de caja de resonancia de su padre, un papel que había asumido normalmente su madre. «Será una aventura».

Y por eso cogieron lo poco que tenían en la habitación de hotel en la que llevaban dos meses apretujados, y emprendieron camino a Colorado.

Su padre se puso otra vez a descargar las cajas del coche, mientras Danny se colocaba delante de la tele y cambiaba de canal todo el tiempo, pasando de la nieve de la pantalla a más nieve de la pantalla, negándose a creer que no funcionara.

En el piso de arriba, Nick encontró la tostadora asesina en el sitio en que había caído, y la recogió.

Era un trasto viejo de acero curvo con manchas de óxido que habían empezado a corroer el cromado. La base estaba hecha de un material negro que no acababa de ser ni goma ni plástico, y las dos profundas ranuras estaban llenas de muellecitos de alambre que descendían hasta la oscuridad. Era increíblemente pesado para un objeto de su tamaño.

Había otra cosa en la tostadora, también, algo que inquietaba a Nick, aunque no acababa de comprender qué era. Algo estaba claro: aquello era una reliquia antigua que pertenecía exactamente al lugar en que la había encontrado.

Así que Nick levantó la mano y volvió a bajar la trampilla que daba al desván. La escalera de madera se abrió suavemente, y él se apartó un poco, por si acaso había alguna otra cosa preparada para caer por allí. Pasado el peligro, subió con la tostadora.

Se encontró en un espacio mucho más grande de lo que esperaba. Por encima de su cabeza, las vigas de madera al descubierto, cubiertas de telas de araña, se extendían hasta el punto más alto de aquel espacio piramidal.

Buscó un sitio donde posar la tostadora, y comprendió que no lo había. Por eso se había caído. El desván estaba repleto hasta los topes de trastos viejos que solo con mucha

misericordia podían llamarse trastos: muebles tan carcomidos que quedaba de ellos poco más que los muelles; una bicicleta tan oxidada que no tenía reparación posible; un voluminoso magnetofón de bovina abierta; una antigua cámara de cajón; una especie de aspiradora de los tiempos de Maricastaña; una batidora eléctrica con paletas muy raras, planas. Y muchos más objetos de cuestionable tecnología, que Nick no tenía ni idea de para qué podían servir.

Se imaginó cómo sería aquel lugar después de tirar todos los trastos, y se dio cuenta de que el desván podía ser un lugar muy agradable para estar.

Danny asomó la cabeza por la trampilla.

—Me apuesto a que hay arañas a miles.

—Solo de las que devoran humanos —respondió Nick.

—Ja, ja —se rio Danny, pero de todos modos se retiró ante aquella perspectiva.

Mientras miraba a su alrededor, contemplando aquel osario de cosas inútiles, Nick Slate concibió una sencilla idea. Una idea que no solo cambiaría el sentido de su vida, sino el curso mismo de la existencia humana:

Montaría un mercadillo a la puerta de su casa.



2. TODO EN VENTA

Si le preguntáramos a Caitlin Westfield por qué compró aquella grabadora vieja en aquel puesto que Nick había colocado delante de su casa, ella daría montones de explicaciones lógicas:

1. Era un «objeto encontrado» que podía utilizar para su proyecto artístico, disponiendo los distintos elementos en un ensamblaje deconstructivo.
2. Era una bonita pieza de tecnología retro, que seguramente se merecería estar en un museo, si ella no la hacía pedazos.
3. El chaval recién llegado a la ciudad, que era quien la vendía, tenía pinta de que le vendría bien todo el dinero que consiguiera.

Todas aquellas explicaciones podían ser verdad, pero ninguna de ellas era la auténtica. Y si fuera completamente sincera, Caitlin tendría que admitir que no sabía por qué había sentido aquel impulso de comprarla, solo sabía que le había atraído de un modo extraño y asombroso.

Todo empezó con la hojita verde. Si hubiera sido de otro color cualquiera, Caitlin podría no haberse parado a leerla, pero el verde brillante era su color favorito. A menudo se pintaba las uñas de aquel tono exacto. Lo tomó como

una coincidencia, aunque terminaría dudando de la idea misma de coincidencia.

«ANTIGÜEDADES, JUGUETES *VINTAGE*, MUEBLES, MONTONES DE COSAS BONITAS», decía la hojita, y la mente de Caitlin había empezado ya a darle vueltas. Su vocación (aunque sus padres y su novio, Theo, llamarían a aquello su *hobby*) era coger objetos encantadores, rústicos, y a veces herrumbrosos de otro tiempo y romperlos con un mazo. Los trozos resultantes los pegaba en disposiciones estéticamente originales sobre un lienzo, convirtiendo la basura en arte. Ella lo llamaba *basurarte*.

Su profesor de arte, por supuesto, estaba en la cúspide de la jerarquía de la imbecilidad, y seguía suspendiéndola porque Caitlin no era capaz de dibujar un cuenco de fruta, sin valorar que lo que a Caitlin se le daba de maravilla era hacer pedazos ese cuenco.

Caitlin era una de esas chicas raras que encuentran el equilibrio perfecto entre ser rabiosamente popular y rabiosamente original. Era la única animadora deportiva de la historia de su instituto cuyo padre había patentado algo por ella, pues Caitlin había rediseñado personalmente los pompones que ahora usaba todo el grupo: una inteligente acumulación de objetos brillantes que atrapaban la mirada pero, en ocasiones, también te podían dejar un ojo morado.

Si bien aquellos mercadillos que la gente tenía la costumbre de montar a la puerta de su propia casa eran el primer coto de caza para la búsqueda de objetos que morirían en su *basurarte*, Caitlin sintió mayor interés en aquel mercadillo en particular, pues conocía aquella dirección. La casa era una especie de leyenda local, una especie de rareza erigida en un barrio completamente burgués y convencional de las afueras. No era exactamente una mansión, pero era más grande que la mayoría de las casas de la calle. Caitlin se imaginaba que alguien terminaría comprándola para

convertirla, o bien en un pequeño hotel de los que ofrecen cama y desayuno, o bien en un tanatorio.

En cualquier caso, tenía curiosidad por ver quién se había mudado a la casa. Su plan había sido ir con Theo, pero, como de costumbre, él le puso un SMS con las letras «yt», que querían decir «llegaré tarde».

Ella le respondió «nva», que era su código para «nos vemos allí», aunque sabía que Theo no se molestaría en aparecer, y menos si había partido. Así que lo llamó para recordarle que habían quedado.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —le comentó Theo—: «más vale maña que cien años dure».

Caitlin quiso creer que aquella habitual mezcla de expresiones comunes era algo intencionado e inteligente, pues sería demasiado triste pensar otra cosa.

Al final, Theo había dicho que iría «si podía», lo cual significaba que no iría, así que ella decidió no echarlo de menos.

Caitlin se estaba preparando para salir de casa cuando empezó la tormenta. Tras un cambio en los niveles de presión barométrica que empañó todas las ventanas de su casa, el cielo se desfogó con aquella clase de rabia psicótica que invita a ciertos individuos a construirse un arca. Caitlin tenía mucho interés en el mercadillo y en la vieja casa, pero no tanto como para animarse a capear semejante temporal.

Así que empezó a prepararse para una sesión de película y palomitas de maíz, cuando de pronto cambió de idea y salió corriendo bajo la lluvia.

Nick se quedó allí de pie, contemplando sin poder hacer nada todos los trastos extendidos en el camino que llevaba a su casa, que aquel repentino chaparrón iba a estropear aún más.

—¡No te quedes ahí pasmado! —le gritó su padre—. ¡Hay que meterlo todo en el garaje!

Nick, su padre y su hermano corrieron bajo la lluvia, tratando frenéticamente de ponerlo todo a salvo, pero ¿a quién querían engañar? Había costado más de una hora sacarlo todo, y no había posibilidad de que consiguieran guardarlo.

—No lo entiendo —dijo Nick volviendo al garaje como una flecha, con los brazos llenos de cosas—. Comprobé la predicción del tiempo. Decía que estaría parcialmente nublado, pero sin lluvia en todo el estado.

—Las predicciones meteorológicas no aciertan nunca —dictaminó su padre—. ¿No te acuerdas de lo que pasaba en casa?

—¡Dirás en Florida! —repuso Nick con una punzada de dolor, al darse cuenta de que incluso su padre seguía pensando en Florida como su casa—. Esto es el Medio Oeste. Se supone que aquí la lluvia no se porta como una loca.

—¿El Medio Oeste? —preguntó Danny—. Yo creía que Colorado era el Oeste.

—Estamos en las Montañas Rocosas —le explicó su padre—: más al oeste que el Medio Oeste, pero menos que el Oeste oeste.

Danny asintió con la cabeza, como si eso tuviera para él perfecto sentido.

Después de un par de carreras del puesto al garaje, los tres estaban calados hasta los huesos, y no habían conseguido poner a salvo más que un puñado de cosas.

—¿De qué sirve que nos empapemos? —dijo Nick—. Aunque lo metiéramos todo en el garaje, con esta lluvia no va a venir nadie. Se ha ido todo a la mierda.

—Te diré de qué sirve —le contestó su padre—. Has hecho un gran esfuerzo, y eso merece su recompensa. —Metió la mano en la cartera y le entregó a Nick tres billetes de

veinte—. Sesenta pavos: seguramente no habrías sacado más con buen tiempo.

Nick echó un vistazo dentro de la cartera de su padre. Aquellos tres billetes eran todo lo que había en ella.

—Guárdatelos, papá —le dijo él con un gesto de la mano—. Lo más probable es que me los gastara en comida basura.

Su padre insistió en ofrecerle los billetes, manteniendo la mano en el aire durante un instante, y después la retiró.

—Bueno —dijo—, al menos podemos disfrutar la lluvia de Colorado. —Entonces abrió tres sillas plegables bastante combadas, y las colocó en el suelo del garaje, mirando hacia fuera.

Y así se hubiera quedado la cosa si la tormenta no hubiera tenido consecuencias en absoluto buscadas por aquellos que la habían producido.

La tormenta no podía tener lugar sin una sustancial acumulación de nubes de tormenta, que por su propia naturaleza impiden que pase una gran cantidad de luz del sol. Por eso el garaje estaba a oscuras, aunque fueran las nueve en punto de la mañana. Tal espacio oscuro requería una luz, pero se trataba de un garaje viejo que nunca había tenido luz instalada en el techo.

—¡No puedo ni leer el tebeo! —se lamentó Danny cuando se sentaron allí.

—Pues vete a casa —le dijo Nick.

—¡No! —repuso Danny—. Quiero disfrutar la lluvia, como ha dicho papá.

Su padre señaló un rincón trasero.

—¿Por qué no enchufas ahí esa cosa?

«Esa cosa» era una vieja lámpara de teatro, que consistía básicamente en una bombilla grande que descansaba en lo alto de un tubo oxidado. Parecía un bastoncillo para los oídos, un bastoncillo eléctrico y gigante. Era uno de los

artículos que Nick había bajado del desván con considerable esfuerzo, ya que era muy alto y pesado. No lo habían sacado con las demás cosas porque la inclinación del camino hacía que adoptara un ángulo peligroso. Nick se levantó y encontró un enchufe, llevó la lámpara hasta el centro del garaje, y la enchufó. Encontró una pequeña perilla justo debajo de la bombilla y la giró un cuarto de vuelta hacia la derecha. La enorme bombilla se encendió como un faro y, para bien o para mal, comenzó el proceso de cambiar el mundo.

Caitlin tenía un miedo atroz a que le volviera a caer un rayo.

Desde un punto de vista racional, Caitlin sabía lo bajas que eran las probabilidades: hasta se había quitado los pendientes, y lo único que llevaba de metal con ella era el teléfono. Y aunque el teléfono tenía una antena interna, no era nada parecido a aquella especie de pararrayos que constituían los pompones metálicos.

Nadie le echaba en cara a Caitlin su astrafobia (terror a los rayos), porque se la tenía bien ganada. Pero seguía siendo una molestia.

Aquel día había dejado a un lado su terror mientras avanzaba con paso decidido bajo la tormenta, pues por algún motivo que no acababa de entender, algo la arrastraba hacia el mercadillo de aquella casa. Llegar allá parecía más importante que protegerse de un impacto celestial.

Al llegar, Caitlin se sintió impresionada por el tamaño de la vieja casa victoriana. Pero vista de cerca parecía más estropeada que desde la calle: vigas rajadas, varias ventanas rotas, cortinas rasgadas... Las molduras que ribeteaban el tejado tenían trozos que se habían caído o estaban podridas. La estructura entera estaba necesitada de reparaciones. Se preguntó qué clase de familia sería capaz de mudarse a una casa como aquella, en qué situación tan desesperada tendrían que encontrarse si aquello era lo mejor que po-

dían permitirse. Por no mencionar el tener que vender sus viejos cacharros haciendo un mercadillo en su propia casa en vez de tirarlo todo sencillamente a la basura.

Para su sorpresa, a pesar del chaparrón vio que no era la primera en llegar. Alrededor de una docena de personas se encontraba ya allí, bajo la lluvia (algunas con paraguas, otras sin él), rebuscando entre los empapados cacharros con clara determinación, aunque no supieran de dónde les venía aquella determinación.

Dentro del garaje brillaba una luz muy persuasiva. Parecía que casi tenía gravedad, y se sentía atraída por aquella fuerza de gravedad, que por lo visto debía de atraer también a todos los demás por el camino hacia el mercadillo.

Al abrirse paso por entre la multitud hacia la mesa de *camping* que estaba instalada delante del garaje, pasó por delante de dos chicos de esos que no están nada en la onda, a los que reconoció del instituto. Uno era un tipo sombrío vestido completamente de negro que se llamaba Vince, y el otro era un chaval hispano, bajo y fornido, cuyo nombre no conseguía recordar. Saludó a cada uno con un gesto de la mano, y siguió hacia delante.

La familia que llevaba el mercadillo (o, para ser más precisos, el adolescente que lo llevaba) sencillamente carecía de manos suficientes para recoger todo el dinero que le querían poner en ellas. Su hermano pequeño se arrodillaba para recoger los billetes que se caían al suelo.

En la mesa de *camping*, un caballero de edad levantaba un tubo de cristal de múltiples caras. Lo miró a la luz de la lámpara del garaje, observando cómo un prisma en el centro del tubo dividía la luz en pequeños arcoíris.

—Es una auténtica antigüedad, seguramente vale un montón de dinero —decía el muchacho que organizaba el mercadillo.

—Te daré cuarenta dólares por él —dijo el hombre.

El recién llegado se rio.

—Iba a pedirle veinte, pero me conformaré.

El hombre le entregó dos billetes y se marchó con el tubo de cristal en brazos, como si fuera un bebé.

Caitlin observó a dos mujeres que competían por llamar la atención del chico: una de ellas quería comprar lo que parecía un tamiz de harina eléctrico, y otra quería una especie de secador de los de las peluquerías, pero del año de la polca. Ambas le ofrecían el dinero al mismo tiempo.

—Debes de ser un gran vendedor —le dijo Caitlin al chico cuando se marcharon las dos clientas, cada una con lo que había comprado—. Nada de todo esto merece lo que están pagando.

—¡Lo sé! —le respondió en un susurro—. Yo tampoco lo entiendo —dijo entregándole los billetes a su hermano, que estaba organizando el dinero dentro de una fiambra de los X-Men.

Caitlin pensó que aquel chico tendría más o menos su edad. Llevaba una gorra de béisbol del equipo de la Bahía de Tampa que dejaba ver un poco de pelo moreno, cortado corto, y solo en parte oculto por una pequeña venda en la frente, por encima del ojo izquierdo. Tenía un bonito bronceado, pero la ropa que llevaba estaba pasada de moda unos tres años. «Florida», pensó ella con un resoplido mental, y le dio un poco de pena. La palabra *ensamblaje* acudió a su mente: un objeto encontrado que necesitaba trozos y piezas de otras cosas para transformarse en algo nuevo. En algo mejor.

El chico añadió:

—No me imaginaba que en esta parte de Colorado hubiera tanto dinero.

—No lo hay —respondió Caitlin.

Se detuvo, aguardando a que el chico se presentara, seguramente con un entusiasmo excesivo, que era como reaccionaba ante ella la mayoría de los chicos.

Pero, como no lo hizo, Caitlin dio el asombroso paso de iniciar ella las presentaciones:

—Me llamo Caitlin, por cierto.

—Yo me llamo Nick. —Abrió las manos mostrando la mesa—: Llegas un poco tarde para las mejores cosas, pero todavía quedan algunos chismes, y hay un par de trastos más grandes en el garaje que te puedo enseñar si quieres. ¡Disfruta!

—Gracias, lo haré —dijo Caitlin, un poco decepcionada por su respuesta, y observó la colección de objetos.

Aún más sombrío de lo que era normal en él, Vince se acercó a la mesa de *camping* con una caja negra que parecía una batería de coche, pero no exactamente. La corrosión había devorado la superficie superior, donde los cables, retorcidos y raídos, formaban ganchos sueltos alrededor de los electrodos.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Nick.

Nick lo examinó.

—Parece una batería de aquellas antiguas, de celdas líquidas. Pero tiene que estar agotada.

Vince se encogió de hombros.

—Todo tiene su final —sentenció—. Las baterías no son ninguna excepción. Me la llevo.

—Eh, vale... —dijo Nick, volviéndosela a entregar.

—Vince, ¿estás loco? —le preguntó Caitlin—. ¡Es una batería vieja que no funciona!

—Muchas gracias —dijo Nick con una sonrisa—. Estropearme una venta diciendo la verdad, eso no tiene gracia. —Entonces se volvió hacia Vince—. La verdad es que tiene razón, esto no vale para...

—Te daré diez pavos por ella —dijo Vince, y el hermano de Nick abrió la fiambarrera, como si fuera una planta carnívora atrapamoscas preparada para engullir su alimento.

—Pero si eso no vale un céntimo... —protestó Nick.

—De acuerdo —dijo Vince—. Nueve.

—No aceptaré más de tres —repuso Nick—. Es mi última oferta.

—Sabes regatear duro —dijo Vince, dejando caer tres billetes de dólar en la fiambarrera repleta de dinero.

—Esa no me parece la manera en que normalmente se regatea —dijo secamente Caitlin, cuando Vince se marchó con la vieja batería.

Nick se volvió hacia Caitlin con una mirada casi de recelo.

—Todas estas personas viniendo aquí con toda esta tormenta, para darme todo ese dinero... Es como si hubiera una conspiración.

—Es una locura —admitió Caitlin. Y entonces, mientras Nick se ocupaba de otro comprador (una monja que había cogido un aspirador antiguo), no pudo resistirse a un deseo desesperado por encontrar su propio objeto particular.

Se dirigió al extremo de la mesa de *camping* y se encontró junto al chico hispano de su instituto, cuyo nombre tenía en la punta de la lengua, pero sin lograr encontrarlo. Marshall o Randall o algo así. En su familia había pasado algo que había sido la comidilla de todo el instituto el curso anterior, pero ella no se había molestado en enterarse de qué iba la cosa.

—Hola, Caitlin —dijo Marshall/Randall—. No creo que encuentres aquí muchas cosas de tu agrado. No es más que un montón de chatarra vieja, ya sabes, ya no queda nada que merezca la pena.

—Bueno, en realidad yo estoy buscando algo...

—Algo nuevo, por supuesto —la interrumpió Marshall/Randall.

—Algo viejo, en realidad —le corrigió Caitlin—. Algo...

—¿Algo a la moda? No, tampoco hay nada que esté a la moda —siguió diciendo, muy contento de terminarle las

frases a Caitlin—. No es más que basura antigua. ¿Qué se puede esperar del mercadillo que monta una persona a la puerta de su casa?

—¿Te llamas Mitchell, verdad? —dijo Caitlin, cuando logró de repente recordar su nombre.

—Simplemente Mitch.

Caitlin quiso preguntarle si también él se había sentido arrastrado hacia allí, pero lo único que preguntó fue:

—¿Por qué estás aquí?

Mitch se revolvió incómodo ante sus ojos.

—Simplemente pensé que... eh... me dejaría caer por aquí y... Eh... perdona...

Caitlin no estaba habituada a que la gente la dejara plantada en medio de una conversación. Ese era su *modus operandi*, no el de los demás. Normalmente había cosas más importantes o interesantes para ella que quedarse enzarzada en aburridas conversaciones con entes que rozaban la subnormalidad. Así que no estaba en absoluto preparada para que Mitch la dejara plantada y se fuera hacia la mesa de *camping*, donde aparentemente encontró su Objeto de Interés.

Aunque al principio el mercadillo parecía condenado al fracaso, la gente había empezado a llegar a montones en cuanto empezó la tormenta. Nick no llegó a conectar el encendido de aquella vieja lámpara de teatro con la afluencia de clientes. ¿Por qué iba a hacerlo?

Primero vendió la tostadora asesina a la vecina de la puerta de al lado, una anciana que seguramente era de la misma época que el aparato; después una chica de cara delgada y coletas desiguales compró la vieja cámara de cajón; cierto tipo se arrojó sobre lo que Nick supuso que sería un antiguo aparato de televisión; una mujer compró la batidora de las extrañas paletas; otra persona se llevó cierta cosa que parecía

un secador de ropa en hierro colado; y hasta se vendió la antigua máquina de coser (¿o sería un exprimidor?).

Su padre apenas podía llevar las cosas al coche de los compradores a la velocidad requerida, y Danny tuvo que reclutar una caja de herramientas, porque la fiamblera era demasiado pequeña para tanto dinero. Sin embargo, al ir haciendo una venta tras otra, la emoción de Nick se fue transformando en desconcierto, y más tarde en recelo. En aquellos momentos, Nick se preguntaba qué le había susurrado Caitlin a aquel muchacho regordete. Se preguntó si estarían hablando de él a sus espaldas. De hecho, el chico se acercaba a él en aquel instante.

—Hola, yo soy Mitch: Mitch Murló.

—¿Merlot? —preguntó Nick—. ¿Como el vino...?

—No, Murló como Murphy y López aplastados uno contra el otro, triturados y encolados los extremos. Fue idea de mis padres: un apellido medio hispano medio irlandés, pero que suena a francés. —Mitch miró a su alrededor con aprobación—: Qué buen mercadillo te has montado. Bueno, ¿vas a ir al instituto de Secundaria de Rocky Point, o me equivoco al calcular la edad que tienes, y en realidad eres más pequeño, o mayor?

—Eh... —Nick necesitó tomarse un momento para hacerse un diagrama mental de la frase de Mitch—. Eh... bueno, sí, has acertado... Iré a octavo. Comenzaré...

—¿El lunes? —lo interrumpió Mitch—. ¡Estupendo! Tenemos que hablar. Te diré a qué profesores tienes que evitar, y dónde puedes sentarte sano y salvo, sin miedo a recibir una paliza.

—Gracias. En realidad yo...

—¿Quieres oírlo ahora...? No hay inconveniente. En primer lugar está la profesora Kottswold...

Nick ya tenía asignadas las clases, así que todo lo que le contaran de profesores que había que evitar no serviría

para nada. Pero por lo visto Mitch no necesitaba de nadie más para enzarzarse en una conversación. Nick soportó otro minuto de trivialidades escolares antes de poder reorientar la conversación hacia el mercadillo.

—Sí, está muy bien todo eso. Entonces... ¿qué tienes ahí?

—Ah, sí... —Mitch miró el objeto que tenía en las manos, casi como si se sorprendiera de descubrirlo allí, incluso un poco avergonzado—. Es un regalo de cumpleaños para mi hermana pequeña.

Mostró un aparato de metal en forma de disco, con una flecha movible montada en el centro. Seguramente era un juguete, parecía como una rueda parlante, uno de aquellos viejos juguetes en los que uno tiraba de una cuerda, o de una palanca, y hablaban. Pero este era de acero, y en vez de animales de granja, tenía símbolos geométricos grabados alrededor del círculo. Había que tirar de un hilo que terminaba en una argolla de marfil.

—Tiene buena pinta —comentó.

—Eh... bueno... —dijo Nick—. Estoy seguro de que a tu hermana le encantará recibir un trasto raro en vez de algo...

—¿En vez de algo nuevo metido en una caja de regalo? ¡Te aseguro que lo preferirá! Mi hermanita no pertenece a la liga americana por la comercialización de los cumpleaños.

—Mitch jugó con el hilo del aparato—. En fin, ¿cuánto?

Nick se encogió de hombros.

—Estaba pensando en...

—Solo traigo diez dólares conmigo —explicó Mitch, sacando la cartera del bolsillo trasero del pantalón—. Pero puedo ir a casa por más.

—Bueno, ¿qué está pasando? —preguntó Nick—. ¿Te ha empujado esa chica, Caitlin? ¿Qué es lo que os traéis entre manos?

—No sé de qué me hablas —respondió Mitch indignado, ofreciendo los diez dólares.

Nick suspiró y cogió el billete.

—Bueno. Espero que le guste a tu hermana.

Caitlin lo vio al acercarse al garaje: era el artículo perfecto.

Se trataba de un viejo magnetofón de bobina abierta. Una cosa grande, voluminosa, del tamaño de una maleta, con dos carretes de audio grandes como platos. En un ramalazo de inspiración, Caitlin vio el proyecto completo de *basurarte*: le sacaría las entrañas a la máquina y dispondría los cables y otras piecitas electrónicas alrededor del magnetofón. Hasta se le ocurrió el título: *Mediático frenesí*.

Regresó hacia Nick corriendo, incapaz de controlarse, al mismo tiempo que sacaba los billetes del bolso. Aunque comprendiera que estaba cayendo en la misma trampa que los demás, no podía evitarlo. Solo quería gastar diez dólares, pero se encontró tendiéndole a Nick un billete de veinte.

—¿Cuánto quieres por ese magnetofón? —preguntó—. ¿Hay bastante? Tengo más.

Nick miró el billete que tenía ella en la mano, pero no quiso cogerlo. Se limitó a negar con la cabeza.

—¡Es basura! Eso no vale nada... ¿Qué mosca os ha picado?

Caitlin sintió que en los ojos se le acumulaban lágrimas, lágrimas de verdad.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Pero coge el dinero y dámelo! ¡Porque si no lo coges, no sé lo que haré!

Nick alargó el brazo un poco aturdido, pero si él pretendía coger el dinero o estrecharle la mano, eso no quedó claro. La última impresión que Caitlin tuvo de Nick antes de que él la agarrara fue que parecía un ciervo parado ante los faros de un coche.

Resultó que había un buen motivo para ello.

El coche, un Buick que había dejado muy atrás su juventud, no aceleró en plena calle de modo intencionado. Sin embargo, el hombre que lo conducía se vio acometido por una prisa tan inesperada por llegar al mercadillo que no se pudo contener. Apenas se dio cuenta de que su coche se subía al bordillo y, en aquel momento, el árbol que tenía delante le pareció el mal menor. Con la lluvia golpeando el parabrisas y un par de limpiaparabrisas defectuosos, no llegó a ver a los dos muchachos que estaban en el camino. Pero sí vio la mesa de cosas en venta que había delante del garaje, iluminada por cierta luz que solo podía describirse como persuasiva.

Nick no tenía tiempo para pensar, solo para actuar. Empujó a Caitlin y la tiró al suelo justo cuando el coche embestía contra el árbol. Si hubiera dudado una fracción de segundo, el coche los habría aplastado a los dos, pero los reflejos de Nick fueron lo bastante rápidos para salvarlos. Entonces, tendida junto a él sobre la húmeda hierba, Caitlin se quedó mirándolo fijamente.

—Perdona la pregunta, pero ¿hemos estado a punto de morir?

—Sí, me parece que sí. —La ayudó a levantarse, y los dos se quedaron contemplando el coche, cuyo morro se había empotrado contra el árbol. Es extraño, pero el momento después de haber estado a punto de morir parecía tan sereno como el momento antes de que eso ocurriera. Nick pensó que la gravedad del acontecimiento le impactaría mucho después, cuando realmente tuviera tiempo de asimilar lo sucedido y alucinar.

Danny acudió corriendo.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó—. Papá está en el baño, pero si ha muerto alguien, le haré salir.

El conductor se abrió paso entre los *airbags*, salió del coche, y en lugar de mirar el vehículo, lanzó una pregunta dirigida a cualquiera que lo escuchara:

—¿Es aquí el mercadillo? ¿Queda algo...?

Entonces se fue a la larga mesa para rebuscar entre lo que nadie había querido de la basura que vendía Nick, tal como habían hecho los demás. Lo único que quedaba eran pedazos rotos de cosas que no se podían identificar cuando estaban completas, mucho menos ahora que estaban a trozos. Y, sin embargo, la gente seguía hurgando por allí, como buscadores de oro que criban el agua del río.

—¡Esta gente está de atar! —dijo Caitlin, y luego añadió—: ¡Y yo me he comportado igual!

Por lo visto, el repentino *shock* que le había producido el estar a punto de morir la había sacado de aquel estado extraño en que se encontraba. Pero incluso entonces Nick no pudo dejar de notar la manera en que se sentía de nuevo atraída por aquel magnetofón de bobina abierta que estaba en el garaje, y la siguió.

—Ya te lo había pagado, ¿verdad? —preguntó Caitlin, colocándose ante el magnetofón y poniendo la mano en él de modo casi posesivo.

Gente calada hasta los huesos seguía llegando por la calle. Muchos de ellos no llevaban ropa contra la lluvia, ni siquiera un paraguas. Acudían al lugar como polillas a la llama.

«O a una bombilla», pensó Nick.

Entonces se volvió hacia la bombilla enorme de la lámpara de teatro, que iluminaba el garaje y proyectaba largas sombras que se alargaban como varas hacia la multitud que examinaba los cacharros en venta. En aquella luz había algo, algo no exactamente hipnótico, pero sí calmante, penetrante. Nick notó que lo atraía hacia la bombilla una especie de fuerza secreta de gravedad. ¿No era absurdo?

Alargó la mano hacia la luz, cogió el interruptor con el índice y el pulgar, y apagó.

La luz se extinguió, su filamento oscureciéndose hasta adquirir un leve resplandor naranja antes de apagarse del todo. Y cuando miró a la gente que rebuscaba en la mesa, vio que todo el mundo echaba un último vistazo al cacho de chisme roto que tenía en las manos y lo volvía a dejar en su sitio.

—Bueno —dijo alguien—, desde luego esto es una pérdida de tiempo.

Todo el mundo se mostró de acuerdo, pronunciando comentarios que iban de la decepción al desagrado.

—No me puedo creer que me haya perdido el partido por esto.

—¡Mira mi vestido! ¡Lo tengo empapado!

—¡Hay que tener valor para llamar mercadillo a esto!

—¿He chocado contra un árbol?

Ninguno de ellos parecía recordar que solo un instante antes estaban rabiosos por soltar todo el dinero que tuvieran a cambio de cualquier cosa que encontraran.

Caitlin, acercándose a Nick, respiró hondo, con un estremecimiento.

—Ahora me siento mejor.

—Supongo que no quieres realmente ese magnetofón, ¿verdad?

Caitlin lo miró, un poco culpable.

—Sí, sí, todavía lo quiero, solo que... no tanto como antes.

Nick asintió con la cabeza, alargó la mano hacia la caja del dinero, y sacó un billete de veinte.

—Toma —dijo entregandoselo—. Ya he hecho bastante dinero. El magnetofón te lo regalo.

Caitlin aceptó el dinero a regañadientes, claramente inquieta por todo lo sucedido.

—Gracias —dijo—. Es demasiado grande para llevarlo a casa andando. Volveré más tarde con mi madre a recogerlo.

—Quizá —sugirió Nick—, cuando vengáis, podríais quedaros a cenar.

Pero Caitlin le dirigió una sonrisa incómoda, excusándose:

—Creo que cogeré el magnetofón y nada más.

—Vale —dijo Nick, intentando ocultar tanto su vergüenza como su decepción—. Bueno, gracias por venir.

Y entonces se fue, así, simplemente, al mismo tiempo que los demás, que habían perdido todo interés en los cacharos de la mesa. El último en irse fue el hombre que había chocado contra el árbol, ya que había trozos del parachoques frontal que tuvo que meter en el maletero antes de intentar desempotrar el coche con un *airbag* flojo en el regazo.

Bueno, al menos Nick podía consolarse con una cartera increíblemente llena, aun cuando tuviera la impresión de que aquel dinero no le pertenecía realmente. Como si hubiera sido robado mediante un timo no intencionado.

—¡Vaya! —exclamó su padre saliendo de la casa para ver los desechos extendidos por la mesa—. ¡Ha salido bien!

—Sí —dijo Nick—, sorprendentemente bien.

—¿Entonces podemos ir a comer algo? —preguntó Danny—. Me muero de hambre.

—Id los dos..., yo os invito —dijo Nick, entregándole a su padre algunos billetes de la caja de herramientas—. Pero traedme algo. Yo me quedaré a recoger todo esto.

En cuanto su padre y su hermano se fueron en el coche, Nick metió en la casa la alta lámpara de teatro, y volvió a salir con una bolsa grande de basura. Pero antes de que empezara a echar en ella los chismes que quedaban, un último coche aparcó en el largo camino que llevaba a la casa, un todoterreno de color blanco nacarado que parecía seco a pesar de la lluvia. Algún tipo de ilusión óptica, pensó Nick.

Un rayo rasgó el cielo y las cuatro puertas se abrieron al mismo tiempo. Cuatro hombres salieron del coche, altos y vestidos todos en colores pastel (crema, verde claro, verde azulado, lavanda...) como si fueran de camino a un desfile de carnaval. Con un movimiento suave que casi parecía de coreografía, los cuatro hombres abrieron sus paraguas.

Se dirigieron a la mesa de *camping* y rodearon a Nick, que intentó no sentirse (o al menos no parecer) intimidado.

—Sentimos mucho llegar tarde —dijo el más alto de los cuatro—. Nos enteramos en el último momento.

Uno de ellos levantó una de las octavillas y leyó en voz alta: «Antigüedades, juguetes *vintage*, muebles, montones de cosas bonitas».

El tipo más alto llevaba un traje con chaleco de color vainilla, mientras que los demás llevaban pantalones de *sport* y camisas recién planchadas. Debido a un efecto de la luz, tal vez, o al contraste entre los tonos pastel y el tiempo gris, la ropa parecía brillar.

—Montones de cosas bonitas —repitió el hombre del traje color vainilla, antes de esbozar y mantener una sonrisa alegre pero fría que a Nick le dio repelús—. ¡Qué pena, supongo que no se habrá presentado nadie con esta tormenta!

Los otros tres hombres se rieron al oír aquella frase, como si el hombre trajeado acabara de hacer un chiste que Nick no entendía.

—Quizá —siguió diciendo el señor Traje Vainilla mientras se metía la mano bajo la chaqueta para sacar la cartera—, quizá podamos hacer que el día todavía merezca la pena para ti.

—En realidad... —dijo Nick dudando, pero disfrutando de aquel momento—, se ha vendido prácticamente todo.



LIBRO I

Un joven de catorce años llamado Nick, su hermano menor y su padre se mudan a la destartalada casa victoriana que acaban de heredar. Cuando Nick abre la puerta del desván, cae una tostadora que le pega en la cabeza. Ese será el comienzo de sus extrañas experiencias con los viejos trastos que encuentra en el desván. Tras deshacerse de todos ellos en una venta que organiza a la puerta de su casa, Nick hace amistad con Mitch, Caitlin y Vince, con quienes descubre que todos aquellos trastos tenían propiedades extraordinarias. Y aún más: es como si el desván mismo tuviera inteligencia... y una finalidad.

«Superentretenida, hilarante aventura».

Rick Riordan (autor de *Percy Jackson*)

Booktrailer

1578206

ISBN 978-84-678-6163-1



9 788467 861631

ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com

